



Relat guanyador del

VII concurs de narrativa breu amb enfocament de gènere Isabel de Villena

Categoria de majors de 18 anys

**'8 DE MARZO DE 2043'**

**de SONIA MELE PUERTO**

Sara conectó el screenair y las impactantes imágenes que se proyectaron en él, le generaron estupor y dudas a partes iguales. Aquella mañana estaba sola porque su madre tenía guardia en el hospital, era cirujana. Su padre, trabajaba en casa, pero no debía molestarle, si no era por algo muy urgente. Y aunque esto en su mente adolescente era una urgencia, ella sabía que no era razón para interrumpirle. Él reparaba aplicaciones de sistemas tecnológicos de cualquier parte del mundo desde su allmake.

Se fue al instituto antes de que empezaran las clases. Su abuela paterna, Raquel, era la profesora de lengua y literatura paritaria e inclusiva, una persona extraordinaria. Estaba segura de que ella participó activamente en todo aquello que había visto en los informativos de la mañana, y que sabría aplacar su desmedida curiosidad.

Llamó a la puerta de la sala de profesores:

– ¡Hola Sara! ¿Buscas a tu abuela? –le abrió Fina, la profesora de filosofía y pensamiento crítico. Sara le asintió sonriendo y pasó.

Raquel estaba sirviéndose un café. Todavía quedaban diez minutos para el comienzo de las clases. Sara se acercó a ella, le dio un beso y se sentó a su lado.

–¿Qué pasa pequeña? –cogió la mano de su nieta–. Veo que necesitas hablar. ¿Ha ocurrido algo?

–Pues... ¡Sí y no! No me ha pasado nada, pero las noticias de esta mañana me han intrigado mucho y seguro que tú me puedes aclarar algunas dudas. –Raquel sonrió y miró a Fina con un gesto de complicidad. – ¿Por qué hace 25 años se manifestaron cientos de miles de mujeres en las calles de todas las ciudades? ¡Era impresionante!

–Ahora tengo clase, y tú también. Esta tarde te espero en casa. Puedes traer a tus amigas y amigos. Os prepararé merienda y hablamos un rato de todo aquello.

A pesar de que la expectación le carcomía, la rutina del día era inapelable. Sara estudiaba biotecnología para la recuperación del medio ambiente. Quería especializarse en especies botánicas autóctonas y su importancia para conservar la biodiversidad. A pesar de que le apasionaba lo que estudiaba, esa mañana no pudo concentrarse. Su mente volvía a las manifestaciones de aquel 8 de marzo. En 2043 seguía siendo el día internacional de la mujer, pero era un día corriente, como el día mundial de la sonrisa, del sueño o del té.

Nerea y Sara se sentaron junto al holograma de Jaime que estaba proyectado en el sofá. Era habitual participar de esta forma en reuniones, quedadas, incluso en clase cuando estabas enferma. Permitía viajar sin descuidar tu agenda. La desventaja de Jaime era que se iba a perder las cocas de “pimentó i tomaca” y de “llanda” que preparaba la abuela. Los hologramas todavía no podían comer.

–¡Hola Jaime! – le saludaron al unísono.

–¡Hola chicas!

–¡Cuéntanos, abuela! ¿Qué sucedió el 8 de marzo de 2018? –preguntó Sara sin más preámbulos. Llevaba todo el día aguantándose las ganas y ya no podía más.

Raquel rió ante su impaciencia. Miró encantada a sus tres invitados de 16 años y respondió:

–¡Que por fin nos unimos para decir basta! Hoy se celebra el 25 aniversario del principio del cambio real por el que habíamos luchado durante tantísimos años. Ese día hubo una huelga de mujeres, con el lema “Si las mujeres se paran, el mundo se para” y, como símbolo, colgamos nuestros delantales de las ventanas. Queríamos visibilizar todo lo que las mujeres aportábamos a la sociedad. Las manifestaciones del 8 de marzo se celebraban todos los años pero, aunque eran multitudinarias, no tenían suficiente respaldo social. Aquel año sentíamos que algo estaba cambiando, que no podíamos continuar calladas ante las injusticias, desigualdades y violencias ejercidas sobre las mujeres, por el mero hecho de serlo. Desde el gobierno, la iglesia y otros sectores se nos quiso acallar, lo que demostraba el temor que tenían a que nos “despertáramos” y a perder ciertos privilegios.

–No entiendo por qué a las mujeres se les trataba diferente –dijo el holograma de Jaime.

–Que tú hoy lo veas absurdo es, en parte, gracias a aquel día. Todavía hay gente que piensa así, pero ahora son una minoría, y creo y deseo que en peligro de extinción –tras un momento de risas, Raquel prosiguió–. Nuestra sociedad se regía por un sistema patriarcal, anclado en el pasado y que había manipulado la historia para favorecer sus propios intereses. Se enfatizaba todo lo masculino, mientras se silenciaban los logros de las mujeres en la ciencia, el arte, la literatura... Después de las manifestaciones, las asociaciones de mujeres siguieron actuando para generar cambios reales propulsados desde el gobierno. Considerábamos que para que en el futuro pensarais como tú, la educación debía cambiar radicalmente, visibilizando igual a todas las personas que habían hecho descubrimientos, o que habían puesto en marcha acciones de mejora del mundo. Otro impulso del cambio fue que muchos hombres empezaron a declararse feministas y a denunciar las desigualdades junto a nosotras. Sin ellos no lo hubiéramos conseguido.

–¿Tú participaste, Raquel? –preguntó Nerea.

–¡Por supuesto!

–¿Y qué es lo que te motivó a hacerlo?

–Pues participé por muchas razones. Por ejemplo, que tras la maternidad, algunas mujeres tenían dificultades para volver a incorporarse a sus trabajos anteriores, o lo hacían en condiciones inferiores de horario y sueldo, lo que las hacía menos independientes económicamente. Además, se les quedaban jubilaciones mucho más ajustadas. Esto era conocido como ‘techo de cristal’. Y otro tema que me afectaba de cerca, era la existencia de un rebrote machista exagerado entre los adolescentes.

–¡Venga ya!, abuela. Eso es imposible. ¿Cómo los más jóvenes no iban a querer cambiarlo? Sobre todo las chicas, ¿cómo iban a consentir que ellos les quisieran dominar o tratar como inferiores?

–A mi madre le pasó –empezó a contar Nerea–. Me lo contó para que conociera las señales y no me llegue a pasar a mi algo parecido.

–¿Qué le pasó? –Sara y Jaime la miraban muy serios.

–Cuando iba al instituto empezó a salir con un chico, que consiguió aislarla y que cambiara su forma de ser sin ella darse cuenta.

–Así era. –comentó Raquel–. En todos los institutos había casos en que veías como alguna chica con novio, dejaba de lado a sus amigas, cambiaba su manera de vestir, empezaba a empeorar sus notas, se le veía más arisca...

–Me sigue constando creerlo. ¿Por qué iba una chica a amargarse por un tío?

–Pues no sería su intención, desde luego –siguió la mujer–. No eran conscientes de los cambios que sufrían, ni de que estaban siendo maltratadas. La sociedad patriarcal nos había vendido que necesitábamos un “príncipe” para sentirnos completas. Las jóvenes aceptaban que perdían libertad porque debían respeto al chico, y que sus preferencias pasaban a un segundo plano o desaparecían.

–A mi madre la controlaba a través del móvil y las redes sociales. Le dio todas sus contraseñas, pensaba que era lo normal.

–Además, creían que para conservar al chico a su lado, tenían que ceder a sus propuestas sexuales, aunque no estuvieran preparadas –añadió Raquel–. Incluso escuché a alguna chica decir que merecía que su novio le pegara, por no “obedecer” o por equivocarse. Estas parejas eran extremadamente posesivas, pero la chica era la que más tenía que perder.

–¿Y los amigos no decían nada cuando veían estas situaciones? –Jaime no salía de su asombro.

–En algunos casos sí, pero normalmente se pensaba que eran cosas de pareja, y que los demás no debían inmiscuirse. En un momento dado, ellas se sentían anuladas y reaccionaban a la defensiva cuando alguien les decía que pensarán en dejar la relación. Los chicos les aislaban del resto con mensajes como: “Tus padres te tratan como una niña”; “Tus amigas son unas envidiosas y por eso intentan que no seas feliz a mi lado”; “Deja de ir con ese amigo tuyo”; “Si sales de fiesta con tus amigas, te dejaré”; “No te pongas eso, que pareces una puta”; “Si no me das tus contraseñas, es porque me ocultas algo”... Y otras cosas de este estilo. Las chicas acababan cada vez más aisladas y con peor autoestima. Llegaban a creer que no eran nada sin su pareja y por eso no sabían salir de esa situación.

–Pues si yo tuviera un amigo que se comportara así con su novia, no le dejaría tranquilo hasta que cambiara su actitud. ¿Pero qué se creían esos niñatos? –Jaime estaba indignado.

–Me siento orgullosa de que los jóvenes de hoy, no justifiéis ni permitáis ningún tipo de violencia.

–Y, ¿sólo por salir un día a la calle, conseguisteis cambiar todo eso? – Sara no lo veía claro.

–No. Ese día fue el despertar. Vimos que muchas mujeres y hombres pensaban lo mismo y que apoyarían los cambios que queríamos conseguir. Nosotras empezamos a creer que podíamos cambiar las cosas y nos empeñamos en ello. En otros países vieron la repercusión que tuvieron nuestras movilizaciones y también se echaron a la calle, incluso en países árabes y sudamericanos en los que la cultura era todavía más machista que la nuestra.

–¡Madre mía! Con todo lo que nos estás contando y ¡aún había países más machistas! –exclamó Sara.

–Emprendimos muchas iniciativas, como la de declarar ilegal que los juguetes fueran anunciados o presentados en las tiendas para uno u otro sexo, sino que fuesen clasificados por edades. Ahora los niños y niñas entran en las jugueterías y eligen lo que les gusta, y no hay ningún color que les indique si es

propio para ellos. Y lo mismo con la ropa. Ya existía alguna marca que había creado ropa unisex para niños y niñas.

–¿Había colores para chicos y colores para chicas? –Nerea no daba crédito.

–Sí. Casi toda la ropa, juguetes y objetos que se consideraban para chicas tenían algo de color rosa y, a veces, lila. Los chicos tenían más variedad de colores para elegir, aunque el más propio para ellos era el azul. Ya desde bebés se marcaba esta diferencia.

– ¡Qué fuerte! Entonces los chicos tampoco eran libres, ¿verdad, abuela?

–No. Aunque ellos no eran tan conscientes de ser también víctimas del machismo, que les imponía una forma de ser y de comportarse. Y el que se saliera de la norma era atacado, insultado o aislado.

–¿Y qué más cambios conseguisteis? –Sara pensó que había valido la pena esperar a la tarde. Esta mañana no se habría enterado ni de la mitad de las cosas.

–Que hubiera más presencia de mujeres en el gobierno y en puestos significativos, por ejemplo. Mujeres que favorecieran la colaboración y no tanto la competitividad. Se consiguió que el mundo empresarial fuera más amable e integrador. Era muy llamativo que hubiera mayor porcentaje de mujeres universitarias y, sin embargo, los mejores puestos eran ocupados por hombres. Incluso había trabajos considerados más propios de un género. Desde el cambio del sistema educativo, cada uno elige lo que más le gusta, sin temor a ser juzgado. También se modificó la manera de tratar y trabajar muchos temas, ya desde la etapa de infantil, favoreciendo que cada uno se fuera especializando en lo que mejor se le daba.

– ¡Increíble Raquel! Te estoy muy agradecido por habernos invitado–la imagen de Jaime empezaba a desdibujarse–. Pero tengo que desconectarme. Además, veo como las chicas devoran las cocas y me está dando muchísima envidia.

–Encantada de que hayas querido estar con nosotras, Jaime. Y tranquilo que no se lo van a comer todo. Sara te llevará para el almuerzo de mañana. ¡Te veo en el instituto!

–Hasta mañana, Jaime –saludó Nerea.

Sara le hizo un gesto con la mano.

–Bueno abuela, nosotras también nos vamos. Tenemos que terminar el análisis del libro que nos encargó la profesora de lengua...

– ¡Vaya! ¡Qué aguafiestas vuestra profesora! –rieron las tres.

– ¿Sabes, abuela? –las amigas se miraron cómplices–. Nos alegramos de que todo eso que nos has contado, solo exista en algunas novelas antiguas.